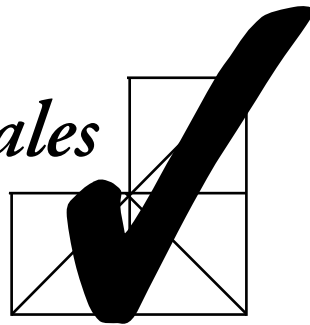
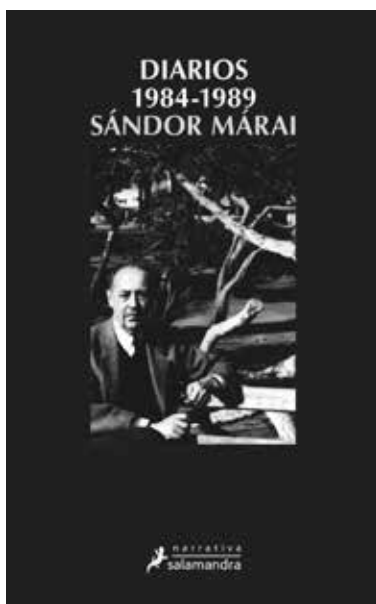


Lecturas y señales



Sándor Márai Diarios 1984-1989

Daniel Matusevich



Autor: Sándor Márai
Salamandra, 2008

Una deuda largamente pendiente en esta sección era ocuparnos del gran Sándor Márai, el maravilloso cronista del ocaso centroeuropeo, que transmitió secretamente a partir de 1948 desde Estados Unidos, San Diego California, más precisamente, lugar que eligió para vivir su exilio.

Hemos decidido pagar esa deuda eligiendo uno de sus libros para comentar aquí; en este caso no una de las grandes novelas del autor, sino el último tomo de sus diarios, el que va desde 1984 hasta el 15 de enero de 1989, fecha en la que Márai, a los ochenta y nueve años, resolvió que pegarse un tiro en el paladar era la mejor opción para atravesar los duelos que se venían imponiendo a lo largo de su vejez (y de su vida).

Difícil elección que reseñar, entre el brillo de sus grandes novelas y el brillo del relato detallado de su vejez, sus enfermedades, sus obsesiones y su muerte por suicidio nos inclinamos por esta última opción, probablemente hipnotizados por el efecto que ejercen estos

temas desarrollados en modo Márai, ya que que alcanzan picos de poesía y emoción muy difíciles de igualar.

A Juan Forn no se le escapó la ironía que al mismo tiempo que Márai decidía suicidarse el editor Roberto Calasso tomaba la decisión de publicar (reeditar) en la editorial Adelphi las obras de un ignoto húngaro en los más importantes idiomas occidentales. Lo que sigue es bien conocido: *El último encuentro* (último es la palabra clave para comprender la cosmovisión de nuestro autor) se convirtió en el libro del año 2001 en Italia, España, Estados Unidos, Alemania, Francia e Inglaterra, con ventas de más de cien mil ejemplares en cada uno esos países y críticas que redefinieron para siempre la mirada sobre los mundos crepusculares, escrita por un húngaro en húngaro parecía que para nadie, pero gracias a Calasso para todos.

Para muestra basta un botón, aquí no hay suspenso, así que veamos la última entrada del diario de nuestro autor: "Estoy esperando el llamamiento a filas; no me doy prisa, pero tampoco quiero aplazar nada por culpa de mis dudas. Ha llegado la hora". Poco antes, a fines de agosto escribía lo siguiente: "Lola y Janos se han ido, al igual que mis amigos y compañeros de carrera. Estoy totalmente solo. Andar y ver me resulta cada vez más difícil: solo puedo leer un cuarto de hora, después veo borroso; no salgo más que para dar una vuelta delante de casa apoyándome en el bastón. Ya no leo libros nuevos. La memoria me falla: los recuerdos más lejanos son extraordinariamente vívidos; en cambio, a veces no consigo acordarme de qué ha pasado hace cinco minutos".

Aquellos interesados en el fenómeno del suicidio en la vejez no deberían dejar pasar la oportunidad de asombrarse con las precisas descripciones que el autor realiza acerca de cómo se va resquebrajando el narcisismo, como la gota que va horadando la piedra.: "No me siento especialmente inclinado a volver a escribir, soy como el viejo payaso que ensaya un nuevo número y aparenta ser joven. Sería más decente callarme para siempre, pero callarme es tan aburrido...".

La muerte por suicidio aparece casi como una decisión natural, o como dijimos en otro texto, un desesperado intento por no perder el control: "...agotamiento absoluto. Acabar un momento antes de que ya no haya manera de acabarlo por uno mismo, para no tener que aguantar la impotencia, la alimentación, todas las tortu-

ras y bajezas del *nursing home*, o la atención de las enfermeras en casa. No ha de estar lejos el momento en el que tenga que actuar".

Justo es reconocer que el suicidio rondaba la vida de Márai mucho antes de haber llegado a la edad proveyta; en varios de sus textos aparece esta opción frente a diversas vicisitudes existenciales; tal es así que el personaje de *El milagro de San Gennaro* termina su vida arrojándose al vacío. El oprobio totalitario marcó a fuego toda una generación de autores centroeuropeos que decidieron suicidarse antes de enfrentar el signo de la historia, con Zweig, Roth y Mann como insignes abanderados: "Ya no solo han muerto mis familiares directos, mis compañeros de profesión y de estudios, sino mis enemigos también. Si volviera a Budapest no encontraría a nadie con quien enfadarme".

La lectura nos permite tomar nota del aislamiento en el que vivía nuestro autor, extranjero de todo y de todos; este fenómeno se ve incrementado por el fallecimiento de su esposa, Lola, suceso que desencadena los acontecimientos que ya estaban predestinados. Siempre permanece el aura y el recuerdo de ese ambiente perdido, aquel mundo europeo de los años de entreguerras, mezcla de cosmopolitismo y grandiosa decadencia burguesa, imposible de volver a alcanzar.

La fuerza y la emoción de las descripciones constituyen una gran introducción a ciertos modos de envejecimiento y de comprensión de la vida; hay en este relato mucha más semiología que en la mayoría de los textos de psiquiatría; es nuestra tarea docente provocar un encuentro (que no debería ser el último) entre estas páginas y nuestros alumnos, más abocados a una comprensión positivista de la especialidad que a dejarse atrapar por la fuerza de las narraciones que pueden cambiarnos la vida.

"Una fuerte taquicardia como jamás había sufrido me despierta de la siesta; me siento débil. La última vez el médico se rascaba la cabeza mientras observaba el electrocardiograma. El verso de Vorosmarty que dice 'la sangre se te hace densa, el cerebro se te agota' parece referirse precisamente a mi estado. No noto que se me 'agote el cerebro', tengo ideas y soy capaz de expresarlas, pero no siento el impulso de escribir: todo un síntoma". ■